



MANIFIESTO

(Asesinato de/por un joven)

Joven, joven. Eres joven, tienes fuerza: demuéstralo. Corre. Corre más. Debes aguantar. Más. Eres joven y puedes más. Más. Y nada de lloriquear. Tienes que hacerlo a fuerza de reír. Risas por favor. Más risas. Hay que morirse de risa. Hay que descojonarse. Y correr. Y correrse. Tres o quince veces al día, y fardar. Y la risa profidén que no falte. ¡Pues yo follo!. Ahora la fiesta de los suspensos. Un litro por suspenso, ¡gratis!. Oiga yo he suspendido la vida. Toma joven, mil litros de cerveza y revienta. Revienta de una puta vez. ¡Pero si yo follo!. Y que tus dientes reventados dibujen una sonrisa por favor. Y sus cuerpos curtidos en Ibiza, esas eremitas de moda, esos danones, ¡qué belleza!. Esas tetas redondas, duras, perfectas. Usted vale lo que sus tetas valen. Y si no tiene tetas, pues se jode, porque usted son sus tetas. O su paquete. Ese paquete fabuloso, inmenso, incorrible. Treinta centímetros incombustibles, nena. ¡Oh mi dulce picha!. Y mi cuerpo es la locura... ¡que alguien traiga un espejo!, ¡necesito verme!. Viva las Anoréxicas Fútbol Club. Ese soy yo. Todo yo. Descable envoltorio. Y nada más, por favor, que pensar ¡cansa tanto!. Viva la vaciedad, y la belleza del envoltorio, y viva el ruido tremendo, imparabile, interminable, que me impide pensar. PUM-PUM-PUM. Gooooool. Y qué feliz soy siendo yo mismo. En soledad. La soledad del ruido, del vacío. Déme un litro de soledad, por favor. Joven. Nada más. El resto es mierda, incapaz de sentirme y comprenderme. Sólo existo yo. Genuino, perfecto, mártir, rebelde. Yo. Yo y mi circunstancia. Un litro de circunstancia, por favor. Hoy todo se bebe. Quiero beberte, joven. Eres tan genuino como el resto de los jóvenes. Eres lo que de ti descan: un títere reventado, un nudo en el que nacen y mueren furia, fuerza, creatividad, desco, sensibilidad, dolor, pasión, inquietud, basura... Oiga señor que escribe, ¿podría irse a la mierda? Claro, claro, yo-escritor también soy joven, también tengo mi rincón de mierda. Busco a algún joven radical que quiera pisarme los huevos o la cabeza, me bastaría un skin, un punk, alguno de mis jóvenes borregos violentos que se hayan ofendido. Estoy aquí, soy el joven protomártir. Moriré por mis ideales. Solidaridad, cerosiete, mili kk, multivoluntario, corazoncito de oro, gratuidad destilada, presencia de dios... Un litro de gratuidad y un perrito caliente. ¡Mari un chucho!. ¡Queda tanto por vivir!(y de fondo una tonadilla silbada, algo muy dandy, con imágenes en blanco y negro de tíos y tías que te cagas de cachas, en un tonillo íntimo, cálido, relajado. Y cómo no, una marca de ginebra, que es lo que ayuda a soportar ese *¡queda tanto por vivir!*). ¿Queda tanto por vivir?. ¡Qué horror!. Pasen y vean flores y flores como un joven desquiciado le pisa las pelotas al yo-escritor. Por escribir. Por pensar. Y por catalán. (¡Qué risa!).

Pep Bruno

MR. SUM

Sabemos de un hombre que vulneró las leyes. Su nombre era Mr. Sum, erudito de inspiración grecolatina que en rebanadas de ingenio acabó con la vulgaridad en su vida. Su mujer no acabó nunca de entender que, abrasado de un ardor escolástico decidiera abrazar el cenobio y se encaramara a una columna como San Simeón Estilita, que se creyera en Antioquía y que al paso de los caminantes les rogara que dieran recuerdos personales a Santa Genoveva de París cuando la vieran. Incluso se daba, como el insigne varón, en colocar gusanos en la joroba, pretendiendo ser devorado por ellos, y musitaba de memoria versos de los vedas creyendo encontrar una estrecha y extraña conexión entre todos los dioses, entre todas las mitologías, entre todos los orígenes. Al fin y al cabo, pensaba, pues durante aquellos años apenas abrió la boca sino para interpretar su papel, el comienzo a la fuerza hubo de ser el mismo para todos. La partícula inicial. Lo mismo daba invocar a San Marcos que al profeta que ascendió a los cielos desde el atrio del Templo de Salomón de la antigua Aelia, hoy Jerusalén bendita.

Los loqueros del Estado examináronle detenidamente, bajo la columna y subidos a ella, con escalas y andamios, y teólogos e historiadores descubrieron en él la semilla de la santidad y de la locura. Iluminados que de nada le conocían sintieron la llamada. Sus hijos, mientras, peregrinaban de institución en institución; alguno fue un ladrón insigne, y otro sostuvo hasta la muerte que su padre conocía el camino derecho del vergel divinal, el único, ahora convertido en árido desierto, pero bajo cuyas arenas se ocultaba una arquitectura elevada por los Titanes. Mr. Sum, que todo esto sabía sin inspirarse en el viento, lo achacó a la estirpe de éstos, beatífica. Una mañana dio en cantar, eso sí, piano, baladas de Lennon/Mc Cartney, lo cual fue interpretado por sus acólitos como la señal manifiesta de que el mensaje es uno y dual su continente.

Pronto peregrinos pobres como ratas bebían milagrosa el agua de la alcantarilla que junto al moderno mártir manaba, y él en una ocasión les dijo que ni a virgen ni a imagen vana veneraran ni creyeran su visión, y que anunciaba que dios es uno y sólo uno, y que Lennon su profeta.

Un día de primavera, en que las nubes deformes sobre un cielo de plomo auguraban un funesto destino al pie de la columna, entre la multitud y las tiendas de los doctores, se apareció a Mr. Sum el diablo en forma de camello pardal o jirafa. Grandes fueron el asombro y aun el pasmo de los acampados y de los viajeros al ver

irrumper a semejante animal etíope en la explanada, y muchos se encomendaron inmediatamente de manera ligera a nefastas santidades, lo que fue su perdición. Pero mayor fue la sorpresa y tanto más el pánico anegó a los presentes cuando la criatura maligna habló, dirigiéndose al santo varón, que en aquel momento recitaba, dándose ritmo con una ramita de guindo, unos pasajes de los *Carmina Nisibena*. En latín intercambiaron largos párrafos. Mr. Sum se dirigía siempre al diablo llamándole *Iamen*, que es lo que corresponde a estos animales aciagos. Éste le sometió a diversas y complicadas tentaciones, todas las cuales superó Mr. Sum sin inmutarse: ante la vista de una concupiscible hembra disertó acerca de la virtud que adornaba a las vestales, y despachó a la fémina observando que ésta era a todas luces bastante boba y ligera de cascos; billetes y riquezas le fueron presentados junto a las ensoñaciones de una vida disipada en alguna playa exclusiva, pero Mr. Sum se dio en fabricar aeroplanos papirofléxicos con los billetes y arrojó algunas monedas y piedras preciosas, por cuya posesión anticuarios y magnates indianos de grado dieran una niña del ojo, a un estanque anejo donde croaban los batracios; el diablo, mientras, aguardaba abajo, con los dos pequeños cuernos pelosos de punta. Al final, viendo que ninguna de sus artimañas resultaba, el diablo se alejó del lugar en forma de pastor cuáquero, jurando en tudesco.

Mr. Sum vino a morir no se sabe si de hambre o si de espiritualidad, aunque la mayoría de las veces las dos cosas vienen a ser la misma, una mañana de junio bajo un sol de justicia. Junto a su cuerpo encontraron algunos higos roídos que hoy se conservan incorruptos en la Iglesia de la Santa Piedad de Venecia, y un ábaco con que el santo varón secretamente distraía sus horas que, convenientemente troceado se destinó a la confección de escapularios. En realidad nadie supo nunca el momento exacto del óbito, se sospecha que sólo la tribu de gusanos que por su chepa moraban. Lo que sí sabemos, pues lo cuenta la crónica, es que los acólitos, al advertirlo, entonaron por última vez, y en homenaje, *All you need is love*.

Enrique Redel

PATROCINIO AZUL (Renata Dadá)

Patrocinio soñaba con ser una gran escritora y vivir del cuento o narración corta; pero nunca tenía oportunidad de mostrar su talento al Gran Público, porque siempre se le olvidaba mandar a tiempo los relatos a los concursos. Todo el mundo le decía lo bien que escribía, pero Patro, para sí, se convenció de que era para hacer la paripé y para que la gente viese que había quedado satisfecha, y se cansó de mostrar sus historias al mundo, esas historias llenas de sí misma, de gente azul como el amor de su vida, de nativos de Idaho y de primos lejanos y cercanos al tiempo.

A la Patro (apelativo del barrio) la inspiraba su peor vicio: el polvo de Nesquik. Todo empezó cuando se sorprendió a sí misma tomándose a cucharadas una caja de Nesquik de tres kilos. El siguiente paso fue esnifarlo en secreto: lo disponía en rayitas sobre el papel albal y lo absorbía por la nariz. Sus hermanos la sorprendieron, y comprendieron la gravedad del asunto. Deambularon por especialistas de todas las vertientes: conductistas, psicodinámicos, estructuralistas...lo único que sacaron en claro fue la multiplicidad de corrientes psicológicas. Los médicos tampoco habían solucionado gran cosa, y Patro vivía en una sala acolchada pensando en el cielo azul, en su amor azul, en su Idaho azul.

Y como llevaba una camisa de fuerza, no podía escribir.

El director del sanatorio era un monstruo fascista y retrogrado, que creía que acolchando la vida de sus estresados pacientes les iba a hacer olvidar sus azules amores. Pero el muy ladino y oportunista vió el filón y la cantidad de dinero que podía ganar gracias a la Patro, y quiso abusar de su divino talento para la literatura narrativa para su propio provecho; le dio licencia para escribir. No sólo eso : le puso un cuarto con vistas no acolchadas (un patio oscuro con gallumbos tendidos), un flexo con bombilla azul y una máquina de escribir a la que le faltaba la letra a, claro óbice para las manifestaciones literarias de Patrocinio. Le dio resmas enteras de folios y puso a su disposición millares de bolígrafos negros y azules: su inversión debía contemplar todas las posibilidades. Por su parte, empezó a hacer publicidad: Ella, Patrocinio, una mujer marginada por su enfermedad, drogadicta casi irrecuperable, a resurgido de sus cenizas como el Ave Fénix para regalar al mundo lo mejor de sí: sus sueños, sus relatos. Sólo el amor, la dedicación, el esfuerzo y el trabajo de su protector y mecenas, Emeterio Vergara, lograrán levantar del lodo del

Barataria

olvido socialista una posible Gloria Nacional. Arriba España.No dejó de administrarla su droga, aunque no tardó en cambiarla por otros cacaos, que Patro esnifaba, al parecer, indistintamente, pero produciendo en realidad un pernicioso efecto sobre su obra. En una sobredosis de cacao brasileño se le nubló la vista, y no pudo ver nada durante tres semanas, lo cual contrarió mucho al doctor Emeterio, director de aquella clínica mental venida a menos.

La Patro seguía escribiendo sobre el azul de su amor, claro, pero nunca para él, para su mecenas, para su interesado mecenas. Él no entendería por qué azul, por qué santo de unos ojos, por qué en Galiza sempre remata chovendo, porqué Idaho, por qué Nesquik. Ignorancia típica del hombre culto y viajado; ¿cuál sería su dolor de cabecera?

Escribía en su clandestinidad porque te quiero, eres azul; escribía para el mundo buenos días, no tengo cerebro, me lo dejé dentro de una caja de cacao en polvo; gracias a la ayuda de Dios y del patriota Emeterio Vergara he levantado cabeza para ser un escribiente útil de esta sociedad. El mundo hacía la paripé, y su madre cayó en la cuenta de que no estaba en buenas manos, porque había leído toda su obra anterior a la adicción al caca. Algo no rulaba en la Fundación Emeterio Vergara, y empezó a mover hilos para sacar a su hija de la fundación (que de fines benéficos, no lucrativos, nanay). El doctor apeló a la salud de la Patro, y otro tanto hizo la madre de la criatura, que para entonces contaba veinte añitos y tenía una depresión enorme por aquello de estas encerrada y ver violada su libertad creativa.

El mecenazgo del doctor tocó aquí a su fin, y la Patro volvió a casa a escribir sobre su amor, su Idaho azul, la hojarasca y la melancolía otoñales; nadie lo leería, no fuera a hacerla la paripé. Quizás no hubiera más Nesquik -fijo que no, porque la experiencia psiquiátrica subsiguiente había sido harto desagradable-, y ya no podía ver el chocolate ni en pintura. Sólo se dedicó a soñar azul. Chuvia galega. Idaho azul. Ella misma, más o menos azulada. Sí, ese sería su nombre de guerra: Patrocinio Azul, aunque sólo firmase así en secreto.

Susana M. De Ory Murga

UNA TAZA DE CAFÉ

“Yo nunca haré el amor contigo...”. Dijo mientras mil lenguas viperinas amenazaban con incendiar el local a base de frases voluptuosamente insípidas. La superficialidad marcaba el ritmo de los gestos, de las palabras, de las miradas caídas hacia la derecha. La superficialidad guiaba sus caricias ocultas por debajo de la mesa, y hacía que ella solamente sintiera un ligero cosquilleo a ras de piel, en lugar de una lava ardiente ascendiéndole por la entrepierna...

“¿Y si fuera una chica?” preguntó él como último recurso: “Si fuera una chica, ¿te vendrías a la cama conmigo?”. Ella le miró con asco y dijo: “Mírame, anda. Mírame y no dejes de mirarme”. Y cuando estuvo segura de que sólo era ella la dueña de su mirada, escaló de rodillas sobre la pequeña mesa de piedra casi gris que tenían delante y empezó a maullar mientras le observaba fijamente.

“¿Qué ves?” preguntó. “Un gato”, contestó él. “Un gato, sí”, dijo ella comenzando a girar lentamente y a contorsionarse sin disimulo. “Y, ¿Qué ves ahora?” preguntó otra vez. “Un gato meneando el rabo”. “...Un gato meneando el rabo” repitió ella marcando pausadamente cada una de las sílabas sin dejar de fijar la mirada directamente en él y empezando a lanzar la mano hacia delante, con los dedos encogidos y agarrotados en forma de zarpas de animal rabioso dispuestas a arañar. “Y ahora”, dijo, “¿qué estás viendo ahora?”.

No pudo contestar porque no tuvo tiempo para hacerlo. Cuando quiso reaccionar, ella ya había cogido sus ojos incrédulos con las manos y sentándose a su lado de nuevo, empezó a reír: “Nunca haré el amor contigo”.

Pilar Adón

DANDO UNA VUELTA POR EL PARAÍSO

Un día morí, sé que no está bien pero ya estaba aburrido de mi vida, embutido en medio de una gran ciudad siempre del trabajo a casa y de casa al trabajo, sin tener nunca un momento de tranquilidad. Por eso un día, aprovechando una gripe me di el finiquito.

Cuando volví a abrir los ojos vi unas blanquísimas nubes de algodón que se movían por acción de un suave viento. El clima era muy agradable y hubiese podido quedarme allí tumbado toda la eternidad, pero mi curiosidad pudo más y me incorporé. Siempre me había imaginado el paraíso como un lugar verde, verdísimo, donde el horizonte se cortara por múltiples montañas, donde no hubiese ni una sola casa y sólo se oyese el canto pacífico de los pájaros. Precisamente ese era el paisaje que se abrió delante de mis ojos, como una de esas fotografías de los calendarios.

Tal vez fueron dos horas, dos días o quizás dos semanas las que estuve paseando, era difícil calcular el tiempo en aquel lugar, pero aunque tenía toda la tranquilidad que siempre había soñado llegó un momento en que eché de menos la compañía de alguien y deseé encontrarme con otro espíritu como yo. Fue entonces cuando en lo alto de un cerro vi a un hombre sentado en una cómoda piedra. Inmediatamente me dirigí hacia él pero me paré al ver como el hombre levantaba los brazos en ademán de victoria y gritaba “¡goooo!”, entonces me dio miedo, ¿y si era un loco? porque los locos también se mueren, vamos digo yo, y si le interrumpo lo mismo se enfada.

Nunca había tratado con un loco pero debe ser como uno de esos borrachos pesados que se chocan contigo en una fiesta y ya te dan la murga toda la noche. A mí me dan mucho miedo los borrachos pesados porque no sé que hacer para que no se vuelvan violentos. He oído decir que un borracho violento tiene más fuerza que un hombre normal, por eso yo no me atrevo a incomodarles y claro, cargo con el borracho pesado hasta que se duerme en mis rodillas. Con este pasado tan negro no podía hacer otra cosa más que alejarme corriendo de aquel lugar si no quería cargar con un loco toda la eternidad.

Aunque mi primer intento por conectar con otro espíritu había sido un fracaso seguí deseando encontrarme con alguien y poder comentar el hecho de estar muerto. Es igual que cuando ligas o te dan un premio, todo hecho importante si no se comenta parece serlo menos.

Fue entonces cuando en un bosquecillo que había a mi izquierda oí un ruido. Me acerqué sigilosamente por si era un animal u otro loco, a veces algunos mueren

a la vez, por simpatía.

Al separar unas ramas me encontré con un hombre pero seguí escondido hasta ver como reaccionaba, lo cual fue muy acertado pues al rato el sujeto se echó a la cara una escopeta imaginaria y disparó. Imaginariamente también cogió algo del suelo y siguió caminando. Mientras le estuve observando realizó la misma operación varias veces, todas supuestamente, con igual éxito.

Abandoné el bosquecillo maldiciéndome por lo bajo. Durante mi vida, como todo el mundo, he tenido mis manías como empezar a ponerme los pantalones por la pierna derecha o no dejar nunca el pan al revés, pero no creo que eso hubiese sido motivo suficiente para que hubiera aterrizado en el paraíso de los locos. Pensándolo bien tal vez había sido sólo mala suerte, que de eso he tenido de todos los colores, y si seguía buscando quizás encontrara algún ser normal. Aún así tardé bastante en estar completamente seguro de querer tener otro encuentro, pero estaba tan acostumbrado a hacer cosas, me aburría tanto la soledad que al final deseé, con más fuerza que antes, contactar con un alma corriente y moliente. Sólo en ese momento me di cuenta que tumbado en medio de una pradera verde había una figura con bañador y gafas oscuras como única vestimenta. Parecía descansar y no hacía ningún movimiento extraño. En otro lugar hubiese parecido estar muerto, aquí evidentemente, lo estaba.

Me acerqué a él con sigilo pero con prontitud:

- Hola - le dije mientras le tendía la mano- soy Palomino Fernández.

Él movió ligeramente la cabeza:

- Quítese de en medio, ¿no ve que me está tapando el sol?

En ese momento una nube tapaba dicho astro pero me aparté para no incomodarle.

- Bueno...¿y qué hace?

- Pues tomar el sol, no lo ve.

El tío ya me estaba cargando, no sólo no andaba bien de la cabeza sino que además era antipático. Me enfadó de tal manera que le pregunté de forma instintiva:

- ¿Qué, se cree usted que está en la playa?

Esta vez el sorprendido fue él, que quitándose las gafas me miró con una expresión entre sorpresa y miedo:

- ¿y dónde se cree que está?

- Pues en la montaña. ¿No ve ahí enfrente todas esas sierras, allí un bosque y

arriba un águila surcando el cielo?

Mi lógica me había parecido aplastante, pero él incorporándose contestó:

- No, lo único que veo ahí enfrente es el mar, allí una playa llena de chicas en bañador y en el cielo, por no haber, no hay ni una triste gaviota.

Me disculpé torpemente, le dije que todo había sido una broma y me fui con la cabeza en el suelo.

Nunca he sido muy listo, mi padre ya me lo decía, pero las imágenes de un hinchador de fútbol que siempre ve a su equipo ganar, de un cazador que siempre caza y de un dominguero que disfruta de un día entero de playa se me agolpaban en la mente. Este último no me había parecido ni un loco ni un borracho, había hablado con una claridad y una convicción en lo que decía que me había sido imposible discutirle, había que pensar por tanto que la playa era su realidad, su paraíso en el cual era feliz y que, además, era totalmente distinto al mío.

Todos estos pensamientos me sumieron en una fuerte depresión, había perdido la ilusión en un paraíso que yo creía idílico y que resultaba ser intransferible y personalizado, como las tarjetas de crédito. Así, tras mucho meditar, decidí aprovechar una racha de buen tiempo y volver a la vida.

Al principio las cosas no fueron de color de rosa. A mi mujer no le gustó mi resurrección porque decía que ya se había acostumbrado a ser viuda y al poco tiempo se divorció de mí. Perdí mi trabajo por faltas injustificadas y el banco se negó a dar crédito a alguien, que por no tener, no tenía ni sitio en el cielo. Así pues, aunque por un lado había perdido mi familia, mi trabajo y mi dinero, ahora sí disponía de la paz y la tranquilidad que yo siempre había soñado.

Mañana cumpla ciento diez años y aún no sé si me moriré, tengo muchos amigos más jóvenes que yo y me da miedo morir por si luego no me encuentran. De todos modos, ahora siempre llevo un libro conmigo, ya saben, para leer en el camino.

Patricio Jiménez García

TETE MONTOLIÚ AL PIANO

La sala *Clamores Jazz* está casi escondida dentro de sí misma; la luz tenue y el humo de suaves volutas ocultan las pocas formas que en su misterioso vientre habitan. Luciérnagas rojizas saltan impacientes de los labios al cenicero. Tete, Tete.

Se bebe, se charla, se espera, se ríe, se dormita, se acaricia... y aplausos. Tete Montoliú sale a escena. Está envejecido, pálido, con unas pernas finísimas y enclenques, como de dibujo animado, su tripa es un grotesco globo, enorme, sus dedos parecen descascarillados. Tiene un audífono asomando de cada oreja. Y es ciego.

Tete es conducido hasta la banqueta del piano. Parece imposible que un ser tan indefenso sea capaz de mantener siquiera el equilibrio. Silencio. Se gira hacia el público y hace una extraña mueca, quizás una sonrisa.

Ahora Tete deja volar sus manos. Melodía. Y nos obliga a ser ciegos para beber todas y cada una de las notas. Parece imposible. Es imposible. Es oscuridad. Milagrosa.

La sala *Clamores Jazz* esconde dentro de su secreto vientre a un montón de ciegos soñando Jazz. Y Tete, sonriendo con esa mueca deliciosa y serena, volando. Y subiéndonos con sus escaleras de caracol, invisibles. Y oscuras. Y ciegas.

Pep Bruno Galán

UNA LÁGRIMA DE FANTASÍA

Diego se tumbó en el suelo. Esperó temblando con el entusiasmo infantil que otras veces le llevase de puntillas hasta el oscuro zaguán. Cerró los ojos. Pronto una estampida de imágenes pasaron por su mente como una película. Se dibujo en sus labios la sonrisa del que aún es libre y se dejó acunar por la imaginación.

* * * * *

Sin saber cómo, se halló volando por encima de las estrellas, siguiendo el rumbo fijo en un punto lejano, siempre lejano, y cada vez más lejano. El viento se apoderó de su cuerpo y le arrastró dentro de un remolino colérico.

-¿Quién eres tú, infame, que osas entrar en mi mundo? -le preguntó iracundo.

-Sólo un hombre de treinta años que quiere ser niño otra vez y ver en las estrellas caballos y muñecas.

-No te conozco. ¿Cuál es tu nombre?

-Me llamo Diego Manrique. He venido a buscar la fantasía.

-Entonces márchate y no vuelvas nunca -contestó volviéndole la espalda.

* * * * *

Hacia una eternidad que Diego dejó de ser niño, o eso le parecía. Ya nada era igual desde que entró en el mundo de los adultos. Hay un abismo entre ambos mundos que parece infranqueable. Se puede andar hacia delante, pero nunca nadie pudo andar hacia atrás.

De niño, Diego se escondía en el viejo zaguán de su abuela con princesas, duendes y dragones, e imaginaba con ellos castillos encantados y ríos de oro. Ahora, veinte años después, ya sin su abuela esperándole en la cocina con buñuelos recién hechos, esperaba encontrar allí la magia que un día, sin saber por qué, se dejó olvidada.

* * * * *

Un velo blanco vino a buscarle. Salió por la ventana con él envuelto, y le llevó a un jardín tan extraordinario que nunca pudo imaginar. Las flores más exóticas y olorosas tenían allí su hogar. De los surtidores brotaba el agua cada vez más fresca,

cayendo como una cascada multicolor sobre los mármoles. Avanzó despacio por el sendero de losas rojas, sin perder detalle de cada color. El cielo, azul y malva, estaba surcado por un arco iris luminoso que extendía de este a oeste sus enormes brazos. Pronto divisó un altar de diamantes con jaspes incrustados, donde una dama con la piel blanca y los cabellos negros y largos le esperaba. Una corona ceñía su cabeza. Llevaba un vestido blanco y vaporoso que se agitaba al compás del viento. Tenía entre sus manos una vara fina de plata adornada con confites dorados. Su mirada era bondadosa, y sus labios tenían la sonrisa de la justicia. Al verle acercarse, depositó la vara en sus rodillas y extendió las manos hacia él, como si llevara esperándole toda la eternidad. Él se aproximó sin vacilar, con los ojos fijos en aquella dama etérea, como si el destino se hubiese revelado ante sus ojos y le dijese "Ven".

Cuando llegó hasta ella, besó sus manos y se postró de rodillas ante ella. Aquella deidad se puso en pie con la varita en la mano y le tocó con ella la frente y los hombros. Al instante se vio desnudo por completo, y ella le arrebujó en una sábana de seda.

-No soy quien esperas, y este recibimiento no me parece digno de mi baja estirpe.

-¿Eres Diego Manrique?

-Sí.

-Entonces te vestiré de la inocencia y la fantasía infantiles por haber cruzado la frontera de la niñez marcha atrás. Juega con las flores y haz que canten las estrellas. Este es tu reino y aquí te quedarás, como un tributo a la niñez.

-Pero... ¿por qué a mí? ¿Por qué yo?

-Porque eres un pájaro que aprendió a volar hace ya tiempo, y no recuerda si perdió sus alas por el peso de los años o porque el viento soplaba demasiado fuerte contra él.

* * * * *

Las paredes grises de la habitación parecían llorar gotas de incienso por los poros. El espacio parecía estrecharse y la atmósfera se hacía irrespirable. Se oía un gemido apagado mientras cuatro hombres de verde rodeaban la cama en la que permanecía acostado Diego Manrique. El revuelo de hombres intentando salvar una

Barataria

vida ya perdida, impidió ver cómo el alma transparente de Diego se desprendía de su cuerpo y se evaporaba en el aire. Después de forcejar con él y con los aparatos durante un buen rato, se volvieron a la mujer que lloraba junto a la ventana.

-Ya todo es inútil, señora.

La mujer prorrumpió en lamentos y sollozos estridentes y se abalanzó sobre el cuerpo inerte de Manrique.

* * * * *

-No te alejes tanto, que vas a perderte. Dame la mano. ¿No sabías que para ser niño otra vez es necesario nacer de nuevo?

Rafaela Nieves

MORMOOPS

Abelardo Amable, un cuarentón de buena presencia y finos modales, se apeó del tren en Segovia. Eran las cuatro de la tarde y el sol de los primeros días abrialeños doraba la estación. Abelardo trabajaba en un banco de Madrid hacía más de veinte años y casi nunca salía de la ciudad. Él mismo se había sorprendido al sentir un intenso deseo de pasar en Segovia el fin de semana. Abelardo era un hombre difícil de contentar y experimentaba una gran indiferencia por las cosas que estaban a su alcance. Por eso no se había casado y apenas tenía amigos. Todo el mundo lo consideraba un poco tímido y, aunque había sido siempre un lector infatigable, su cortedad le impedía lucir sus muchos conocimientos en las tertulias. Pero, en el fondo, Abelardo era un hombre muy ambicioso. Le hubiera gustado ser un gran político, de esos que toman la palabra en las asambleas y dejan a todo el mundo turulato con su retórica. A veces soñaba con llegar a ser el jefe del estado español y aun esto le parecía poco, puesto que había hombres más poderosos. Consideraba más aceptable ser una especie de emperador de la tierra y, mejor aún, de todas las galaxias. Ser Dios era, en realidad, lo único que llenaba por completo sus ambiciones.

Había tenido poco éxito en la vida. Comparada con sus sueños de poder, la verdad es que su posición social resultaba insignificante. En cuanto a la política, ni siquiera se había iniciado. Claro está que él se justificaba pensando que no le había sido posible por hallarse el país bajo una dictadura de tipo reaccionario que impedía el libre juego democrático de los partidos. Abelardo Amable tenía ideas liberales y detestaba la ideología del grupo que dominaba la nación. De no haber sido así, hubiera podido alistarse en el bando vencedor y, poco a poco, escalar los más altos puestos del estado. Pero no había querido venderse.

Por otra parte, en el banco tampoco había hecho una carrera muy brillante que digamos. Ser apoderado de la sección de contabilidad en una pequeña sucursal urbana, después de veintitres años de trabajo metódico, no era como para felicitarse. Pero también en esto se justificaba Amable por el hecho de ser demasiado orgulloso para adular a jefecillos engreídos que, en el fondo, no le llegaban a la suela del zapato.

Estas excusas no eran más que racionalizaciones, como dicen los psicólogos. La verdad es que Abelardo Amable tenía la desgracia de ser un alma napoleónica metida en un sistema nervioso de novicia. Era indecible lo que le hacía sufrir este

contraste. Como un león que, de pronto, se encuentra encarnado en un cordero, Amable quería rugir y le salían balidos, quería dar zarpazos y sólo, conseguía finos ademanes obsequiosos. Todo el mundo lo estimaba por su dulzura de carácter, pero esta circunstancia no le causaba ninguna satisfacción. Al contrario, hubiera preferido que lo odiaran por su dureza.

Abelardo Amable decía a todo que sí. A veces pensaba que, de haber sido mujer, le habría resultado imposible conservar su virtud. Además les tenía miedo a los jefes y cuando le llamaban para pedirle cuentas de su trabajo, temblaba como si fuera un reo delante de un tribunal. Todo esto era absurdo y le sacaba de quicio, pero constituía una realidad insoslayable.

Cuando el Sindicato de Banca y Bolsa celebraba asambleas sobre problemas del gremio, Abelardo tenía muchas ideas que aportar, pero la sola perspectiva de yener que levantarse y exponerlas públicamente, le producía síntomas de infarto. Evidentemente, no hubiera podido ir muy lejos en la silva silvarum de la política.

Un día hizo un terrible esfuerzo sobre sí mismo y aceptó pronunciar un discurso en una ceremonia del sindicato. Cuando le llegó su turno y se acercó al micrófono, el corazón se lesalía por la boca. No obstante, su espíritu napoleónico le impidió echar a correr, como eran sus deseos, y con sus nervios a punto de estallar, pronunció unas palabras balbuceantes. Nadie entendió muy bien lo que decía, pero todos le aplaudieron con irónicas sonrisas de conmiseración. Aquella noche Abelardo Amable no pudo pegar ojo en su cama de célibe. Por primera vez en su vida, reconoció sus limitaciones y se confesó a sí mismo con lágrimas desesperadas que nunca podría pasar de ser un empleadillo de tres al cuarto. No tenía cualidades físicas para triunfar en la vida. Eso era todo. Su sistema nervioso funcionaba como una máquina ingobernable.

Había tardado cuarenta años en aceptar esta verdad barruntada por él desde niño, pero encubierta siempre por astutas cortinas de humo. Le había sostenido la esperanza de vencer su debilidad, de amanecer un día metamorfoseado en un Adolfo Hitler redivivo. Por fin se daba cuenta de que esto era imposible.

A la mañana siguiente de su discurso, despertó con aquel antojo inexplicable de pasar el fin de semana en Segovia. Abelardo había estado una vez en la vieja ciudad castellana hacía ya uchos años. La belleza medieval de sus calles y plazas le había producido una impreión un poco triste. Recordaba, sobre todo, la plaza del Azoguejo, atravesda por la enorme cortina rocosa del acueducto romano (“¿Por qué

no podía ser que lo hubiera costruido el diablo de la noche a la mañana, como les dicen sus abuelas a todos los niños españoles?).

Cuando se apeó del tren en la estación de Segovia, estuvo un rato pensativo, sin saber adónde ir. Pero su indecisión de duró poco, porque esneguida empeó a sentir un desdeo irresistible de tomar un taxi y dirigirse al Azoguejo. Así lo hizo, y unos minutos después, se encontraba en la plaza, frente al oscuro acueducto que recortaba sus innumerables arcos sobre el pálido azul del atardecer. Por las cercanías del monumento, pululaban algunos turistas con aire cansino y máquinas fotográficas en bandolera. Enfundado en su traje gris y cubierto con un sombrero del mismo color, Abelardo Amable, alto y correcto, contrastaba con los mirones extranjeros, que, por lo general, vestían de un modo estrafalarío. Después de observar el ambiente del Azoguejo a través de sus gafas de oficinista miope, Amable se dirigió, con su pequeño maletín en la mano derecha, a un hotel de categoría media que se hallaba cerca del acueducto. En el mostrador de la conserjería, un tipo rubio y alto, con aspecto de norteamericano, estaba solicitando una habitación en un castellano detestable. A una distancia prudencial, Abelardo se puso a esperar su turno para pedir alojamiento. Pero el gringo no tenía trazas de acabar. Estaba empeñado en preguntarle algo al conserje, sin encontrar las palabras precisas.

-Do you speak English? -dijo de pronto volviendo lacabeza hacia Abelardo y mirándole con unos ojos de color azul verdoso que brillaban de un modo singular.

-Yes -respondió Abelardo, que, a pesar de no haber salido nunca de España, hablaba el inglés bastante bien.

-Hombre, menos mal -exclamó el gringo- ¿Quiere usted preguntarle a este señor en qué parte de Segovia abundan más los murciélagos?

-Con mucho gusto -dijo Abelardo, un tanto sorprendido por la pregunta.

El conserje puso cara de extrañeza al enterarse de lo que el gringo deseaba saber; pero luego, con una sonrisa levemente irónica, se quedó pensativo tratando de recordar los sitios más frecuentados por los pequeños mamíferos voladores.

-Bueno -dijo por fin-. Aquí mismo, junto al acueducto, se ven algunos murciélagos. Pero también abundan bastante por los muros de la catedral y en algunos sitios de las afueras.

-Muchas gracias -exclamó el gringo, después de escuchar la traducción que Abelardo le hizo de las palabras del conserje.

-¿Por qué le interesan a usted los murciélagos? -preguntó Amable.

-Soy biólogo. Llevo varios años investigando para escribir un tratado completo sobre esos animales. En mis viajes por África y Latinoamérica he logrado recolectar varias especies nuevas.

-Espero que en España también consiga usted resultados satisfactorios -dijo Abelardo con su dulzura proverbial.

-Estoy haciendo todo lo posible -replicó el gringo sonriendo- Bueno, voy a subir a mi habitación. Nos veremos después.

A las nueve de la noche, cuando Abelardo entró en el comedor, Phil Fisher le invitó a su mesa. En el transcurso de la cena, la conversación giró sobre los murciélagos.

-¿Es verdad que hay vampiros? -preguntó Amable.

-Desde luego -contestó el biólogo-. Sobre todo en los países tropicales. Constituyen una especie de murciélagos que se caracterizan por su dieta sanguínea. Tienen unos dientes muy afilados con los que hacen incisiones en otros animales para chuparles la sangre.

-¿Y atacan al hombre?.

-A veces, sobre todo a los niños campesinos. Suelen morderles en el dedo gordo del pie, mientras duermen. Por lo general, las víctimas ni siquiera se despiertan.

-Me parece bastante horrible.

-Son cosas de la naturaleza -dijo Fisher mirando fijamente a Abelardo con sus extraños y brillantes ojos azulverdosos.

-¿Ha cazado murciélagos en España?

-Sí; unos pocos. Ayer sin ir más lejos, colecté unos treinta en un pueblecito de esta provincia. Todavía están vivos. Los tengo dentro de un saco en mi habitación. ¿Quiere usted verlos?

-Bueno.

Cuando terminaron de cenar, subieron a la pieza de Fisher. Desde el balcón abierto, se veía el acueducto iluminado por los faroles de la plaza. Es escritorio de la habitación estaba cubierto por un hule verde con manchas de sangre; sobre el mismo, se hallaba una jeringuilla y un soporte de madera con tubos de ensayo vacíos.

-Disculpe usted el desorden -exclamó Fisher-. Estuve trabajando toda la tarde.

-¿Con los murciélagos?

-Por supuesto. A algunos ejemplares les saco la sangre para mandársela a un colega de Nueva York. Pero, generalmente, me limito a matarlos y luego los vacío por dentro con el fin de rellenarles de algodón la piel. De esta forma los clavo en unas tablas con el ala derecha desplegada.

Fisher se acercó a una maleta que estaba en el suelo junto a la cama y, abriéndola, empezó a sacar tablas con murciélagos disecados para mostrárselas a Amable. Contrastaban con los oscuros voladores las blancas bolitas de naftalina con que el biólogo los defendía de la polilla.

-Debe de tener usted una buena colección.

-Sí. Más de seis mil ejemplares en total. Aquí en España he recogido ya quinientos. Voy a mostrarle alguno de los vivos.

Fisher se puso en la mano un guante de cuero verde y superficie áspera, que le hacía los dedos enormes. Luego abrió el saco y extrajo un pequeño murciélago de piel muy negra y sedosa. Cautivo en la mano enguantada, el animalito miraba al naturalista con unos ojos redondos y espectrales. Fisher le tocó el hiciquillo con el índice de su mano derecha y le hizo ruiditos cariñosos con la lengua, como se suele hacer a los pájaros. Abelardo Amable, que veía de cerca un murciélago por vez primera en su vida, lo observaba con mucho interés.

-Este ejemplar pertenece a una especie muy rara -explicó Fisher-. Por su cara verdaderamente capaz de pegarle un susto al miedo, los zoólogos le han dado el nombre científico de "mormoops", que en griego significa "rostro de espanto".

-Es un nombre muy apropiado.

-Sí. Desde luego -reconoció Fisher con una risita misteriosa.

Volvió a hacerle un cariño al animal y enseguida empezó a oprimirle el pecho con el enorme pulgar de la mano izquierda. El murciélago abrió su boca angustiada y mostró sus agudos dientecillos. A los pocos segundos, su pequeño corazón amigo de la noche, dejaba de latir.

Fisher introdujo la aguja de la feringuilla en el pecho del animal y le extrajo la sangre, que, a continuación, vertió en uno de los tubos de ensayo.

-Bueno, ¿qué le parece mi oficio? -preguntó Fisher después de colocar en la mesa al "mormoops".

-Muy interesante -respondió Abelardo.

Y le dio la impresión de que Fisher le sonreía con unos caninos un poco más largos que antes. Asimismo empezó a pensar que nunca había visto unos ojos

azulverdosos con un brillo tan inhumano.

-Si quiere usted, podemos salir a dar una vuelta por la ciudad y, luego, a eso de la media noche, cuando ya casi todo el mundo esté durmiendo, me puede usted ayudar a tender las redes para cazar murciélagos.

-Bueno -aceptó Abelardo Amable un poco receloso, pero fascinado por la personalidad del naturalista.

Phil Fisher abrió la puerta del armario y sacó una capa negra con forro de seda roja. Se la colocó sobre los hombros y luego cubrió su rubia cabeza rapada al cepillo con un sombrero negro también.

-Perdone mi atrevimiento -exclamó Abelardo- pero con esa vestimenta, usted me recuerda a cierto personaje literario.

-¡Hombre, qué interesante! ¿y se puede saber a quién?.

-No podría decirlo con exactitud.

-Seguramente, usted está pensando en Mefistófeles, ¿no es cierto? -sugirió Phil Fisher riendo ruidosamente.

-Pudiera ser -bromeó Abelardo-. Tiene usted todas las características.

El zoólogo le miró con una expresión burlona y le abrió la puerta de la estancia. Cuando salieron al Azoguejo, una enorme luna amarilla filtraba su luz por los arcos del acueducto. Fisher y Amable pasearon tranquilos por las dormidas calles de la vieja ciudad. Los nasales fonemas del inglés sonaban de un modo extraño en el silencio de la noche castellana. Abelardo empezó a notar con cierta sorpresa que Fisher usaba cada vez mayor número de palabras medievales en su conversación. Abelardo recordaba haberlas visto usadas por Chaucer y otros viejos poetas anglosajones. Pero lo más extraño del caso es que él, sin ser un especialista en literatura medieval inglesa, las entendía perfectamente.

En una plaza del centro, se toparon con un teatro al aire libre. El auditorio era tan numeroso que resultaba imposible encontrar una silla desocupada. Había también espectadores en el claustro de una iglesia románica y por los balcones de las viejas casas que circundaban el recinto. La pieza que se estaba representando era un auto sacramental. Phil Fisher y Abelardo Amable se metieron en el claustro y desde allí contemplaron la representación. Los versos barrocos rasgaban trémulos el callado ámbito nocturno. La actriz que representaba el alma, hacía grandes aspavientos cuando, seducida por los siete pecados capitales, estaba a punto de caer en brazos de un demonio alucinantemente pintarrajado. Amable oyó que Fisher

emitía una ronca risita apenas perceptible. Se volvió sorprendido y vio que la escena conmovía intensamente a su compañero. Estaba absorto y, quizá por un curioso efecto de las luces que alumbraban el escenario, sus ojos emitían un extraño fulgor.

Cuando terminó la pieza, los espectadores aplaudieron con entusiasmo y unos minutos después, se dispersaron por las calles adyacentes. Fisher y Amable se quedaron en el claustro hasta que vieron la plaza desierta.

-¿Qué le pareció la obra? -preguntó Abelardo.

-No puedo entender las palabras; pero la "mise-en-scène" es admirable. Estos españoles del siglo XVII sabían más teología que el mismísimo diablo.

Abelardo se echó a reír. Andando lentamente, llegaron a la plaza de la catedral, que, alumbrada por focos potentes, parecía un inmenso galeón encallado. Entraron en un café para hacer tiempo hasta la media noche y cuando en un viejo reloj del establecimiento sonaron las doce campanadas, Fisher y Abelardo bajaron de nuevo hacia el Azoguejo, subieron a la pensión y con todos los instrumentos necesarios para la caza de murciélagos, se dirigieron hacia un lado del acueducto. Por uno de los arcos, salió un guardia civil con negro tricornio charolado y carabina al hombro. Les lanzó una mirada suspicaz y sin decirles una palabra, siguió caminando por la plaza.

-Tendamos aquí las redes -propuso Fisher.

Y con gran destreza las desplegó por varios arcos. Feliz como un chico en vacaciones, Abelardo le prestó su ayuda. Gran cantidad de murciélagos volaban por el ámbito del Azoguejo y enhebraban una y otra vez los aiosos huecos del acueducto.

-Quédese usted un momento aquí -dijo Fisher.- Yo voy arriba un momento para llamar la atención de los murciélagos.

-Muy bien -aceptó Amable.

Por una escalinata de piedra, Fisher trepó con gran agilidad y unos minutos más tarde, Abelardo, que se había alejado unos metros del monumento para ver lo que hacía su extraño amigo, lo vio encaramado sobre el acueducto con su sombrero calado hasta las cejas y su negra capa flotando a la luz de la luna, que ya brillaba en el cenit. Abelardo miró en torno suyo, temeroso de que la insólita conducta de Fisher atrajera a curiosos; pero no había un alma en los alrededores. El naturalista agitaba ahora sus largos brazos y una nube de silentes murciélagos trazaba amplios círculos sobre su cabeza.

-Póngase usted debajo de los arcos -le gritó Fisher desde el centro del acueducto.

Abelardo obedeció. Empezaba a estar seguro de que se había tropezado con un ser excepcional. Se le había puesto la carne de gallina; pero no le desagradaba la experiencia. Por fin le ocurría algo digno de sus sueños megalomaniacos y esto le exaltaba.

Tan pronto como se hubo colocado bajo un arco, sintió un temblor de tierra muy intenso. Todas las piedras del acueducto empezaron a bailar una ruidosa zarabanda sobre su cabeza y Abelardo creyó que moriría aplastado como una cucaracha.

-¡Demonio! -pensó aterrado- ¡esto lleva centenares de años sin caerse y basta con que yo me coloque debajo, para que un terremoto lo derribe sobre mi cráneo!.

Pero, de pronto, oyó la suave y ronca carcajada de Fisher y las piedras dejaron de moverse. El naturalista se hallaba de nuevo a su lado y le miraba con sorna. El fenómeno sísmico no le había producido ninguna turbación.

-No se asuste, hombre -exclamó palmeándole la espalda-. Es un simple temblor sin importancia.

-¿Cómo quiere usted que no me asuste? Creí que se me venía encima toda esta mole de piedras.

Fisher se echó a reír otra vez y, sin más comentarios, se dirigió hacia las redes, que estaban negras de murciélagos.

-¡Hay más de cincuenta! -corroboró Abelardo-. Ha tenido usted suerte.

-Hágame el favor de mantener abierto el saco, mientras yo los voy desprendiendo.

Abelardo hizo lo que su amigo le pedía y Phil Fisher, con su enorme guante verdoso, fue metiendo los bichos en el saco. Un cuarto de hora más tarde, los subieron a la habitación del gringo y volvieron a bajar enseguida para seguir la caza en la catedral.

Amable no acertaba a explicarse cómo, a pesar del intenso terremoto, las casas no habían sufrido ningún daño ni los habitantes se habían lanzado a las calles empavorecidos. Contra lo que hubiera podido esperarse, la ciudad continuaba apaciblemente dormida bajo la luna. Amable miraba de reojo a su compañero y pensaba que acaso el intenso temblor de tierra había sido provocado por él para darle una señal de sus poderes excepcionales. Pero esta hipótesis le parecía

demasiado absurda para ser real y su cerebro racionalista la desechaba escandalizado.

-Usted es un excelente compañero de caza -dijo de pronto el naturalista-. Quizá algún día pueda hacer algo por usted cuando regrese a mi país.

-Muy agradecido -replicó Amable.

Y, de pronto, le invadió todo su ser un deseo terrible de pedirle algo muy valioso al desconocido. Se daba cuenta lúcidamente de que si se lo solicitaba, Fisher podía concedérselo con toda facilidad. Una voz interior se lo susurraba desde lo más profundo de su alma. Y, sin embargo, Amable no osaba hacerlo todavía. Una vez más le traicionaba su invencible timidez. Pero eso sí, ahora tenía ya la plena seguridad de que lo de los murciélagos no era más que un disfraz que ocultaba una oferta fabulosa. Probablemente su insólito deseo de pasar en Segovia el fin de semana, se lo había suscitado el mismo Fisher mediante sabe Dios qué sobrenaturales poderes.

Cuando llegaron a la catedral se encontraron cerrada la puerta grande.

-¡Qué fastidio! -exclamó Fisher-. Pero no importa. Afortunadamente, un canónigo amigo mío me prestó una llave para entrar cuando lo necesitase.

El naturalista se metió la mano derecha en el bolsillo y sacó una gran llave de plata reluciente. La introdujo en la cerradura de la puertecita que se abría en una de las grandes hojas de la puerta principal y entró en el templo, seguido por Abelardo.

-¿Va usted a cazar murciélagos dentro de la catedral? -preguntó el madrileño.

-No. Simplemente quiero contemplarla por dentro cuando no hay gente. A estas horas de la madrugada, la visita resulta mucho más romántica.

-¿Viene usted muy a menudo?.

-Siempre que estoy en Segovia.

-Ese canónigo que le presta la llave, debe de tener mucha confianza en usted.

-Sí; me debe algunos favores. Yo mismo de conseguí la canonjía y ahora estoy empeñado en mover mis palancas para ver si le hago obispo.

Las naves se hallaban en penumbra. Los cirios encendidos en algunos altares, constituían la única iluminación del templo. Los grandes pilares góticos se alzaban hacia las bóvedas, cuyas cruzadas nerviaturas apenas se distinguían desde abajo. Las sombras temblaban por doquier.

-Voy a tocar el órgano -dijo Fisher, que seguía con el sombrero puesto y la negra capa sobre los hombros-. Usted quédese aquí para ver qué le parece mi talento

musical.

-¿Y si nos oyen desde fuera?

-No se preocupe. Todo el mundo duerme. Este concierto es sólo para usted.

Abelardo se sentó en un banco y, unos minutos después, llegó a sus oídos una música prodigiosa. Nunca en su vida había escuchado un órgano tocado con tanta maestría. Una compleja sonoridad, como jamás compositor humano había soñado siquiera, colmaba las naves góticas. Era una música burlona, sarcástica, angustiada a ratos, obscena y sacrílega. Todos los ayes y blasfemias del infierno parecían vibrar en los tubos del instrumento. Abelardo escuchaba aterrado.

Cuando se hizo de nuevo el silencio, Fisher tardó un buen rato en aparecer. Amable contemplaba con ansiedad la reja del coro pro donde se había metido su nocturno compañero. Barruntaba que, de un momento a otro, se iba a producir el acontecimiento más terrible de su vida.

Por fin, el misterioso naturalista avanzó hacia él en silencio y lentamente. Sus ojos de cobre le miraban con brillo fascinador. Abelardo no podía apartar la vista. Su corazón latía desenfrenado. Cuando Fisher estuvo a unos cinco pasos, se desdobló y ambos Fisher comenzaron a danzar suavemente. Los deo tenían el mismo sombrero y la misma capa negra que flotaba suelta a sus espaldas. A los pocos minutos, uno de los Fisher se esfumó y el otro se quedó inmóvil mirando a Amable en espera de su petición. Abelardo sabía ya perfectamente quién era Fisher y cuál era el motivo que le había llevado a Segovia. En realidad, Fisher estaba allí, porque, inconscientemente, él llevaba mucho tiempo solicitándole una entrevista para pedirle lo que por su propio esfuerzo no lograría jamás.

-Make me powerful! -gritó de pronto Abelardo. Su voz se le había escapado inconteniblemente de la garganta y producía ahora extraños ecos en las bóvedas imprecisas.

Fisher se echó a reír a carcajadas y su boca de fuertes dientes empezó a agrandarse más y más cada vez, hasta el punto de que la cara desapareció y Abelardo sólo pudo ver ya aquel enorme agujero negro desde cuyo fondo le miraba un abominable ojo verdoso. Amable sabía que el ojo se disponía a formular las condiciones terribles. Si quería que se realizaran sus deseos, debía comprometerse a entregar a Fisher lo que todos entregan en estos casos.

Amable sentía erizado todo el vello de su piel y el corazón le golpeaba fuertemente las costillas. Volvió la cabeza hacia la puertecita de la catedral y vio que

segúa abierta. Podía escapar. Nadie se lo impedía. Los negocios con Fisher se realizan siempre en absoluta libertad. El candidato firma si quiere. Nadie le obliga. Fisher se limita a hacer la oferta y a esperar con avidez.

Abelardo se acobardó. Antes de que se estipularan las condiciones salió de la catedral y, corriendo como alma que lleva el diablo, llegó a la estación de ferrocarril. En la sala de espera pasó el resto de la noche fumando sin parar y, a la hora del alba, salió para Madrid en el primer tren. Irremediamente sería un mediocre para el resto de su vida.

José Lópe Rueda

LUNA QUEBRADA

¿Qué sucede?

¿Qué sucede?

¿Qué sucede?

Su voz resonó en mi cabeza como un eco lejano. Entreabrí los ojos y descubrí que en el despertar de la mañana se había apagado todo el atractivo de su sexo. Quise seguir durmiendo, no soñar con él, pero no pude porque se hacía tarde. Una, dos, tres. Me levanté de la cama y me arrojé de un salto al antídoto del sueño: un chorro de agua helada me desprendió por completo del calor de las sábanas. Él ya estaba en la cocina preparando el café. A mi me gusta vivir de noche, dormir de día; a él, no. Nunca quiso cambiar de costumbres aunque lo intentó, sin embargo, no soporta salir de su amado orden, por eso llevo diez años dando un salto de la cama al despertarme, y quitándome la sábana del sueño bajo el agua fría, mientras él prepara el café en la cocina: el sabor justo, en la taza apropiada, con la cucharilla a juego.

Él es perfecto. Me enamoré de él por mi atracción de siempre hacia lo diferente. Jamás le he visto ni una arruga en el traje -él mismo se ocupa de su cuidado-, ni un solo cabello alborotado, ni siquiera cuando hacemos el amor. No me deja que se lo despeine, dice que no soporta las extravagancias y los excesos, ya lo creo que no, hasta tiene la erección precisa - no sabría como explicar esto, pues lo único que hago es trasladar sus palabras a mis labios-

A veces -cuando llego del trabajo antes que él- voy a la biblioteca y al azar cambio un libro de sitio -da igual si en la primera o en la cuarta estantería- cuando él entra en su templo sagrado cerrando la puerta tras de sí, yo lo espío por el ojo de la cerradura, y veo como en un gesto - que sólo yo detecto -entre disgusto y sorpresa inmediatamente vuelve a colocarlo en su lugar, y de paso limpia cuidadosamente las motitas de polvo que casualmente ha visto, y es que -por supuesto- guarda una balleta en el tercer cajón de su mesa. Se me hace difícil entenderlo. ¿Acaso le hablan las tapas de los libros en un lenguaje que sólo él puede comprender? Como cabe suponer, tras establecer el orden en su biblioteca -y sin darme tiempo a abandonar mi posición de espía- abre la puerta, y en un tono molesto, pero en absoluto fuera de lugar, me reprende diciéndome:

-“ Como ya te he dicho en otras ocasiones, si necesitas uno de mis libros puedes

cogerlo; pero, por favor, después colócalo adecuadamente en su sitio”; y yo me siento como una imbécil mirándolo calladamente desde el suelo. Qué estupidez, yo quiero un marido y no parecer una niña de cuatro años ante su padre. Creo que es innecesario comentar que él nunca sube a la buhardilla donde tengo instalada mi... llamémosle “biblioteca”. La verdad es que si alguna vez me doy cuenta de que falta un libro - sabe Dios cual- es por la huella de polvo que ha arrastrado consigo. Yo creo que mi suegra sentía cierto repelús hacia él, pues es la única explicación que tengo al hecho de que en nuestra boda llorara desconsoladamente por mí. Pero lo quiero. No puedo evitarlo. Nadie como él puede quitar a los problemas la importancia que no tienen y yo les doy, lo imposible lo hace posible con una gran dosis de paciencia y esfuerzo, de lo negativo siempre ve el lado positivo. Adoro su sonrisa, pero en diez años de matrimonio nunca le he oído reírse, dice que eso no es propio de personas con tacto sino de hienas; pero jamás se ha enojado cuando me retorcía en el suelo al escuchar un chiste de algunos de mis amigos. Él no tiene amigos. Yo no considero que sea una ordinarietà reírse, quizá él no lo hace porque al ser otra su primera lengua no entiende las bromas. No lo sé. Él es un hombre perfecto, y yo demasiado desatre.

- Alicia, sal de la ducha o te voy a tener que sacar hecha cubitos, cariño.

Brrr... Es cierto, de nuevo volví a subir a las nubes, donde habitualmente resido.

- Sí, James, ya he salido.

Me visto, me miro al espejo y he de reconocer que soy el caos personificado: las zapatillas de deporte- en absoluto impecables, pero tampoco cochinas-, los pantalones vaqueros, la camisa por fuera y el pelo empapado. Voy a la cocina y lo miro, él tan complaciente como siempre me dice: “- Sécate el pelo. Ten cuidado, te vas a resfriar, y cuando enfermas tienes mal humor”.

Tiene los ojos precisos y la mirada más limpia que ha visto en mi vida. Él nunca me ha visto tan seria, tan callada. Ligeramente preocupado me pregunta: “¿qué sucede?”, y yo le respondo: “- te abandono”. James nunca se altera, siempre le he conocido esa mirada tan triste de ahora. No me abraza, visiblemente no se altera, no trata de hacerme cambiar de opinión. Sé que sufre, y desgraciadamente dentro de su sufrimiento trata de buscar una respuesta lógica, pero no puede: siempre respetó, pero nunca entendió mi carácter sin horas en punto. Al cabo de unos instantes, su intenso dolor le lleva a preguntarme sólo: “-¿por qué?” Yo le respondo: “- porque te amo, y tanto amor destroza nuestras vidas. No queremos dejar de ser como somos,

Barataria

y tu perfección es una cárcel con el oxígeno justo y demasiado puro”.

Al cerrar la puerta de la casa, respiro un olor a esencias imperfectas no contabilizadas de las que- por primera vez en mucho tiempo- nadie me protege. Probablemente James... ésa es otra historia que sólo a él le pertenece.

Isabel María Díaz Díaz

ESCAPARATE DE ACACIAS

Está ahí sentado. Todas las tardes, cuando vuelvo a casa, le veo. Está, pero no está. Hay algo de ausente, de mirada perdida, en esa cerveza solitaria. La calle es está bordeada de acacias, y hay una brisa que viene de la parte alta.

Se podrían elaborar historias múltiples, escenarios de posibles acontecimientos, donde, un día, fué protagonista. Donde, aún hoy, sea aprotagonista. Hay algo de gris en él, algo apático, oscurecido. Cuántas veces me hubiera acercado a su cara, curtida, como hecha en el dolor, a sus ojos empequeñecidos y tristes, bajo unas gafas de montura pasada de moda. Le hubiera dicho: "Ven, ven a mi casa. Te daré cama, techo y pan". ¿Qué hubiera contestado? Hubiera comprendido el impulso de ternura compasiva que me lleva hacia su pasado, que imagino sin sol, ni color. - Niño educado en colegio de curas, colegio de "pobres". Infancia turbulenta, con un padre alcohólico y una madre religiosa y frígida, cuyo único consuelo y refugio eran sus tres, cuatro, o quizás cinco hijos. Y él, que era el mayor, aguántando sobre sus estrechos hombros la carga de una adolescencia sin luz. ¿Pasó hambre? Cuántas veces se rieron de él los otros niños del colegio. Y luego, ese sordo rencor contra el ser "pobre". Su primer dinero, repartiendo pedidos en una tienda de comestibles, después del colegio. Y esa criadita de los morales, recién traída del pueblo, un septiembre de sus 16 años. Su primer amor platónico...

Qué imaginación tengo, mientras estoy aquí parada ante el escaparate de la tienda, observándolo en la otra acera mientras toma la cerveza de todos los días. Acabo de recorrer un tercio de su vida, mirando sin ver, estas inútiles telas de organza, popelín, seda, tergal, aldogón, moaré, cretona - ¿he olvidado el nombre de alguna fibra? Y es que he estado en su colegio, con el odioso uniforme azul a rayas. Y he sentido el mismo asco que debió sentir él, la misma impotencia ante la incomprensión de que era objeto. Quisiera poder acercarme. Decirle que le apoyo, que comprendo muy bien su niñez en ataduras. Que he creado un vínculo invisible en esta calle de acacias, que va de acera a acera de la calle. Que le llevo conmigo, aunque me marche, y le espío en las tardes del otoño. - Y si me sentase, y le dijera: "Hola, me llamo... y he creado un mundo imaginario, del que tú eres el centro. Sé de tí más que tú mismo. Sé de tu aburrida oficina, de tu sed de saber, en duermevela, tratando de llegar a esa cultura que te fue vedada por falta de dinero.

Barataria

Sé también de tu soledad en esa pensión, antigua y húmeda. De tu temprana juventud cuidando de la madre y los hermanos, a la muerte de un padre alcoholizado. No había tiempo para nada entonces, ¿recuerdas?. Ni una novia. Y así los años pasan... Hoy te encuentras cercano a los cincuenta, y sólo. ¿Por qué? ¿Por qué?.

La imaginación prosigue desbordada. Cómo sé que es real la vida que he inventado. Cómo sé que soy yo, esa persona gris, cabello tempranamente gris, y desidia total para cubrirlo. Ese ser anodino que me mira, reflejado en el cristal del escaparate de la tienda de telas... Pero, paga, y se marcha. Cruza hacia acá. ¡Dónde esconder, adónde, mi pensamiento, mi solidaridad con él, de tantos días! Que me trague la tierra, que me vuelva invisible. !!No quiero verte cerca o que me vea;¡

En repentina huida ha escapado el paquete de mis manos. "Tenga, se le ha caído.." Nos miramos. Su mirada está ausente, como siempre. Sólo he visto sus ojos de tristeza, y una mano huesuda, casi flaca.

Con esfuerzo inaudito me despego de la calle de acacias, del escaparate de la tienda de telas, y del ensueño que he creado una tarde del otoño.

Lada Gil de Montes

LAS SIETE JORNADAS PARA LA NEGACIÓN DEL MUNDO

Don Antonio Bululú acababa de tomar, a sus setenta y tres años, la que sería la decisión más importante de su vida: ejecutar el plan “Las siete jornadas para la negación del mundo”.

La ideación de dicho plan había ocupado casi la totalidad de los trece últimos años de su vida, había sido un arduo y laborioso caminar que, con infinita paciencia y dedicación, hoy tocaba al principio de su fin: la ejecución.

En un primer momento y tras la jubilación anticipada, don Antonio entretuvo el tiempo generoso imaginando un hipotético plan, en principio irreal, como si de un divertimento o un juego mental se tratara. Este primer esbozo de imprecisas líneas con el paso del tiempo fue adquiriendo una solidez y una consistencia dignas de ser tenidas en cuenta por don Antonio, el cual pasó paulatinamente de un estado de asombro leve a otro de asombro profundo. De asombro profundo a perplejidad existencial. De perplejidad existencial al caos absoluto. Y del caos... a la LUZ final y reveladora.

Un segundo estadio consistió en el traspaso de las ideas al papel, con todo el trabajo, dedicación y entusiasmo que esto supuso. Más de dos años pasó nuestro personaje encorvado sobre los incontables folios, escribiendo y reescribiendo, desechando, puliendo, modelando... y sobre todo alimentando y engordando el plan inicial. Fruto de esta etapa fueron los setecientos catorce folios resultantes.

En un tercer paso, y tal vez el más importante, trató de condensar las ideas dispersas por entre las excesivas palabras. Y no sólo condensar, sino también organizar, temporalizar, estructurar, desarrollar en actividades... una labor desmesurada para don Antonio, quizás por esta razón fuera ahora, a los siete años del comienzo del proyecto, cuando se planteó seriamente la localización de posibles colaboradores o simpatizantes que fueran capaces de entusiasmarse con el plan y trabajaran con él.

Los compañeros de la residencia de ancianos “Santa Hildegarda” que fueron tanteados por don Antonio le miraron, en general, con tristeza, compadeciéndole por la casi segura demencia senil que atenazaba el alma de don Antonio. Que estaba pirado no dejaba lugar a dudas entre los residentes, pero la insistencia, el tesón y la

animosidad de don Antonio cada vez que volvía a hablar del plan hizo que los compañeros de residencia cayeran en la cuenta de que la demencia de éste era de otro tipo que no senil, lo cual disculpaba la mofa y la burla. Y así en corrillos y lugares habituales de cotilleo hubo tela que cortar durante semanas, siendo nuestro personaje y su plan la comidilla incluso fuera de los muros de la residencia.

Fue un duro golpe para don Antonio que se planteó seriamente abandonar. Pero justo en ese momento de flaqueza, de duda, cuando la ilusión se difuminaba... apareció don Hilario.

Don Hilario era un hombre de mundo, cano, de ojillos vivaces, que acababa de entrar en la residencia y precisaba, según sus propias palabras, una urgente ocupación para no morir asfixiado por el tiempo. Don Antonio sonrió, conocía la sensación.

Los dos hombres hicieron buenas migas desde la misma tarde en que se conocieron, sentados en un rincón apartado del parquecillo de la residencia, charlando tranquilamente de todo y de nada, del mundo que era y del que podría ser, de libros, de recuerdos, de ideas geniales, de sueños secretos...

A partir de ese día ambos fueron inseparables (uña y carne dijeron en algún momento) llegando incluso a compartir habitación, esperanzas, proyectos... y, sobre todo, el plan. "Las siete jornadas para la negación del mundo" se convirtió en el motor de la vida de ambos compañeros, el Universo giraba alrededor de ello, y durante cinco años de trabajo conjunto, perfilaron y ultimaron el plan, dotándolo de una nueva y enriquecedora visión, la visión que da el trabajo en equipo, el trabajo hecho con fe y nacido desde la idea novedosa y desbocada, la idea entusiasta del que cree profundamente en lo que hace y en lo que vive.

La muerte sorprendió a don Hilario co-redactando las conclusiones finales, hoy hace un año. Quizás por eso, o por azares de la vida, o por esos laberintos inexplicables que en realidad guían nuestros pasos, don Antonio, hoy, un año pasado el óbito del que fuera su inseparable compañero, decidió poner en marcha "Las siete jornadas para la negación del mundo".

Don Antonio salió de la residencia de ancianos "Santa Hildegarda", con andar tranquilo pero firme, saboreando la mañana y purificándose con el aire nuevo bañado de rocío. A cada paso repasaba los detalles básicos de la Primera Jornada: como libro de cabecera *El miedo a la libertad*, de Fromm, y como principal

actividad: la supresión voluntaria de la visión. Todo ello deliciosamente vestido de una prosa sincera y hermosa, nuestro personaje lo recordaba como si lo estuviera escribiendo en ese preciso momento:

“...y tras haber conseguido el bastón de ciego, ciérrense los ojos y comiencese a andar según nos guie el espíritu, sin importarnos que el mundo exterior, atorado de luz, sea capaz de no vernos y aniquilarnos. Ellos viven deslumbrados, atados al destello cegador del oro del que están formadas sus propias cadenas...”

A cada paso iba recordando don Antonio fugazmente el plan, y se refociló al pensar que tras ésta vendrían otras Jornadas, con sus correspondientes libros de cabecera: *La rebelión de las masas*, *La perla*, *Así habló Zaratustra*, *La vida es sueño*, *Cántico espiritual* y *El reposo del guerrero*.), y sus actividades desbordantes que articularían el pensamiento puro en hechos concretos, actividades tales como: el silencio voluntario, el sabotaje familiar (o residencial, según fuera el caso), la indiferencia social, el falso dolor, la locuacidad compulsiva... es decir, la degradación gradual y sistemática del individuo frente a la sociedad hasta llegar al extremo de la muerte fingida, última y más importante acción del plan que se llevaría a cabo en la Jornada Séptima.

Don Antonio, achaparrado bajo su gabán, repasando someramente el plan que iba a poner en marcha, llegó por fin hasta la tienda en la que vendían bastones para ciegos. Se detuvo en la puerta...

Entrar sería el principio, la puesta en marcha del plan, la consecución de un sueño imposible y secreto...

Don Antonio se giró, echó un último vistazo al mundo de la luz.

“Ellos viven deslumbrados, atados al destello cegador del oro del que están formadas sus propias cadenas...”

De nuevo giró sobre sí mismo.

Con decisión entró en la tienda.

Pep Bruno Galán